

yo vivía con los indígenas de tierra de fuego á bordo del "Beagle" observé en ellos numerosos rasgos de carácter que probaban cuán semejante es su espíritu al nuestro é hice la misma observación en un negro puro á quien traté íntimamente.

Tomemos, dice Quatrefages, una de esas agrupaciones de individuos más ó menos semejantes, pero capaces de contener entre sí uniones fecundas, y siguiendo á Chevreul remontémonos hasta su origen. Las veremos descomponerse en familias, cada una de las cuales procede mediata ó inmediatamente de un padre ó de una madre; en cada generación disminuye el número de estas familias; y si continuamos remontándonos llegaremos á encontrar el término final, *un par primitivo único*.

No es sólo la variedad de los tipos, es también la variedad de las lenguas la que se invoca por los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana.

No cabe ponerlo en duda: los descubrimientos de los últimos siglos, nos han revelado tantos idiomas diversos, que su multiplicidad ha podido preocupar, de pronto, á los que defienden la unidad de la raza de Adán.

Los estudios que se han hecho, sobre la diversidad de los idiomas, han venido á demostrar, sin embargo, que todos ellos derivan de una sola lengua.

El argumento, en consecuencia, lejos de combatir la tesis cristiana, la pone en toda su luz, la hace que aparezca más cierta y más clara.

"Toda lengua se compone de dos partes, dice el P. Monsabré, la una inmutable y la otra flexible y que cambia."

"Esta última, sucesivamente transformada por el trabajo del hombre, puede hacerse, al cabo de ocho ó diez siglos, una lengua enteramente desconocida."

"Nadie habla hoy el francés de Carlos el Calvo: sólo los eruditos lo entienden."

"Las raíces, al contrario, resisten á todas las manipulaciones que sufren las desinencias y quedan en el fondo de todo idioma como el signo revelador de su procedencia."

"El estudio de este signo, ha permitido á la ciencia dividir la lengua humana, en tres grupos primitivos."

"Aquel en que dominan las lenguas sin gramática, que se asemejan á los gritos de un niño,

enérgicos, pero sin liga: aquel que está compuesto de las lenguas semíticas, llenas de vitalidad y de calor; ropaje natural de esta brillante poesía aunque las impresiones y las pasiones se suceden con rapidez: el que se compone, en fin, de los idiomas indo-europeos, ricos, regulares, tan flexibles como fecundos, igualmente propios para la poesía, para la exposición de los hechos, y para la precisión científica.

La ciencia ha llevado más adelante sus investigaciones.

Después de haber reducido el número de idiomas independientes, ha examinado con cuidado sus afinidades en los elementos comunes que pertenecen á su esencia, y habiendo encontrado estos elementos, ha concluido que estos idiomas han estado originariamente reunidos en uno solo, que no es una separación gradual ni un desenvolvimiento individual los que han creado entre ellos las diferencias, sino una fuerza activa, violenta, extraordinaria, suficiente para explicar á un mismo tiempo las semejanzas y las diferencias.

Alejandro de Humboldt, á quien debemos tan preciosas noticias sobre las lenguas y monumentos de América, se expresaba así: "Aunque ciertamente

las lenguas puedan á primera vista parecer aisladas, por más singulares que sean sus caprichos y sus idiotismos, todas tienen analogía entre sí. Los muchos lazos que las unen serán tanto más manifiestos, cuanto más se perfeccionen la historia de las naciones y el estudio de las lenguas."

Y así ha sucedido: á medida que esos estudios se han perfeccionado, se ha ido llegando á demostrar la unidad del lenguaje.

La Academia de Petersburgo, llevada probablemente en estos estudios de la lengua, por la grande autoridad del Conde de Goulianoff, mantenedor ardentísimo de la unidad de los idiomas, llegó á esta conclusión: Todas las lenguas deben reputarse como dialectos de un idioma ya perdido.

El consejero de Estado, Merian, dice: "Los que duden de la unidad del idioma después de haber leído á Whiter, pueden leer á Goulianoff!"

"Con mayor satisfacción, dice César Cantú, recuerdo las ideas de Federico Schlegel, el hombre á quien nuestro siglo debe más de lo que podrían pagar nuestros nietos en algunas generaciones."

"En la obra que por primera vez hizo que la Europa volviese los ojos á estos graves objetos,

establece claramente su opinión respecto de la unidad original de todas las lenguas."

"Rechaza con indignación el pensamiento de que el habla, fuese invención del hombre en un estado salvaje é indisciplinado, traída gradualmente á su perfección por la industria y la experiencia de las generaciones sucesivas; y por el contrario la considera como un todo con sus raíces y estructura, con su pronunciación y el carácter escrito, el cual no era geroglífico, sino que estaba compuesto de signos que expresaban exactamente los sonidos de aquella lengua primitiva."

Pero aun suponiendo que los idiomas primitivos no tuviesen algún elemento común, que fuesen perfectamente independientes é irreducibles por completo, esto nunca probaría la multiplicidad de especies en la humanidad.

Lo más que podría deducirse de aquí, para establecer esa tesis, sería una conjetura que podría quedar destruida por otra.

Aunque los idiomas fuesen diferentes, hay otros elementos que proclaman la unidad del género humano.

"Los idiomas difieren; pero la unidad de las ideas primordiales, la comunidad de las tradicio-

nes fundamentales, la posibilidad de traducir una por otra las lenguas humanas, la facultad que todo hombre posee de asimilarse todos los idiomas, nos autorizan á creer, dice el P. Monsabré, que la multiplicidad de las lenguas no es un hecho original, sino un accidente en la unidad de la especie humana."

Y esta conjetura se convierte en certidumbre cuando encontramos en las primeras páginas del Génesis estas preciosas palabras: La tierra era de un solo labio: *erat autem labii unius et sermonum eorumdem.*

Es decir, no había al principio más que un solo idioma en toda la tierra, y los hombres hablaban del mismo modo.

Al ver Dios su orgullo, continúa el texto bíblico, dijo: "Vengamos, descendamos y confundamos su lengua. Y la lengua de toda la tierra se hizo confusa y los hombres no se entendieron ya, y Dios los dispersó sobre el haz del mundo."

"La autoridad de esas líneas, concluye el P. Monsabré, escritas en la época en que la humanidad, más cercana á sus orígenes y llena aún del recuerdo de los hechos que habían decidido su dispersión, no tenía interés alguno en inventarlos,

no puede ser destruida por una simple conjetura científica.”

Si la filología pudiese invocar en su favor el testimonio de otras ciencias, el relato de la Biblia acaso no fuera concluyente. Pero la observación filosófica, la topografía del globo, el estudio de los monumentos, las tradiciones y la fisiología misma, estando de acuerdo con la palabra de Moisés respecto al origen de la especie humana, nos impulsan á creer como enteramente cierta la afirmación de la Escritura Santa, cuando asegura que las lenguas quedaron confundidas y el humano linaje disperso por toda la tierra.

La tercera observación que aducen los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana, es la imposibilidad en que se encontraban los pueblos antiguos de pasar de un hemisferio á otro en frágiles ó pesadas embarcaciones, lanzadas al acaso á través de las olas, en las que la calma no es menos peligrosa que la tormenta.

La Europa, la Asia y la Africa, están unidas.

La América sola, es la que parece formar un mundo aparte, y sin embargo, es punto resuelto por la geografía, que de la Asia ha podido pasar-se á la América, con toda seguridad.

“Parece fuera de duda, dice uno de nuestros historiadores,¹ que el estrecho de Behring fué el punto del globo por donde pasaron las tribus de la Asia á la América, siendo lo más probable que el actual estrecho descubierto y pasado por vez primera en 1728 por Behring y Tchirokov, formara en aquellos remotos siglos, inmediatos al diluvio, un istmo, el que más tarde, después que se hubo verificado el tránsito, á consecuencia de algún cataclismo, haya quedado como hoy se le conoce.”

“Unidas de tal suerte la Asia y la América, continúa el autor citado, ese tránsito no presenta dificultad alguna; pero suponen otros escritores, tomando las cosas tales como hoy existen, que como ese estrecho sólo mide catorce leguas, y la mayor parte del año están congeladas las aguas del Océano, fué muy posible y fácil que el paso se hubiera verificado por los hielos, ni más ni menos que como frecuentemente lo atraviesan las tribus hiperbóreas en la actualidad. Otros creen que los primeros pobladores han atravesado en canoas aquel estrecho, aprovechándose de las diferentes islas en aquél diseminadas.”

¹ Pérez Verdia.—Compendio de la Historia de México.

“Sea la que fuere, concluye el autor citado, está explicado el tránsito del hombre del antiguo al nuevo mundo, porque es cosmopolita y puede, en consecuencia, soportar todos los climas del globo; pero la presencia, en América, de animales de la zona tórrida, como el caimán y otros muchos, exige un nuevo punto de pasaje, pues éstos no pudieron haber venido por los glaciales climas de Behring. Además, es un hecho reconocido, que las ruinas del Palenque pertenecen á otras tribus muy diferentes de las que venidas del Norte, edificaron Casas Grandes y Chicomostoc; de suerte que es preciso admitir, que la América estuvo unida con el Africa, por las Antillas y por el Brasil, como parecen indicarlo los numerosos archipiélagos y la sonda que, revelando poca profundidad del mar, puede significar que hubo un hundimiento debido á un cataclismo.”

“Una carta general del globo, dice el P. Monsabré, si está bien hecha, en algunos minutos fija vuestra opinión.”

“La América, continúa, proyecta hacia la Islandia, isla extrema del norte de Europa, la vasta tierra de Groenlandia, y no está separada del norte de Asia, sino por el estrecho de Behring.”

“El archipiélago de las Aleusianas, de Kamtchatká á la isla de Aliaska, ofrece á los navegantes novicios una serie de etapas marítimas.”

“El archipiélago de las Kuriles une el Kamtchatká al Japón, el Japón es vecino de la China.”

“He aquí ya tres caminos para pasar del antiguo al nuevo mundo.”

Y lo que la geografía decide, la historia acredita que se ha realizado.

Desde el siglo IX una Bula del Papa Gregorio IV hace mención de las misiones de Islandia y de Groenlandia, y hacia el fin del siglo XIII, los hermanos predicadores fundan en este último país uno de sus conventos.

En una de sus expediciones, los españoles apercibieron cerca de la costa de California las proas doradas y las vergas plateadas de las barcas mercantes de la China y el Japón.

Vasco Núñez, atravesando el istmo de Panamá, encuentra cerca del cabo Darien, negros africanos.

D. Hernando Cortés, recibiendo las confidencias del infortunado Moctezuma, recoge de los labios de éste, que sus antepasados habían venido de países muy lejanos, de aquellos países donde se levanta el sol.

En fin, las tradiciones, las cosmogonías, los edificios religiosos, los palacios, los geroglíficos, las instituciones de los pueblos de América en la época de la conquista española, ofrecen tales semejanzas con los de la Asia, que es imposible negar su liga ó su parentesco.

Ya se ve como ni la variedad de tipos, ni la diversidad de lenguas, ni la dificultad de poblar el mundo, ministran argumentos sólidos para combatir la unidad de la especie humana.

—

Ni la variedad de tipos humanos, ni la diversidad de los idiomas, ni la imposibilidad de poblar en las primeras edades la América y la Oceanía, constituyen como se ha visto, fundamentos sólidos para establecer sobre ellos la pluralidad de especies de la raza humana.

La unidad del género humano puede sólidamente establecerse en un solo argumento que es enteramente decisivo: lo ministra la ciencia fisiológica.

El hombre, por su cuerpo está inevitablemente sujeto á las leyes que gobiernan y dirigen el reino animal.

Todo animal está dotado de dos fuerzas: una plástica, en virtud de la cual, como dice el P. Monsabré, puede, bajo la influencia de los medios en que se halla, modificar accidentalmente su naturaleza, y otra de trasmisión, en virtud de la cual comunica su naturaleza con las modificaciones que ha experimentado.

De las dos fuerzas combinadas nacen la especie y la raza.

Cuanto es flexible la fuerza plástica en sus efectos, tanto es inmutable la fuerza de trasmisión.

Esta debe perdurar en la especie, para que la especie se perpetúe.

Si se ensaya esta fuerza de trasmisión de un género á otro género, bien pronto queda castigada, por la violencia que hace á la naturaleza, con una pena terrible, que es la esterilidad.

El *creced y multiplicaos* que se pronunció en la aurora de los tiempos sobre toda vida, jamás salva los linderos de la especie: de manera que el signo verdaderamente característico de la especie no debe buscarse en otra parte, más que en la fecundidad continua.

Y así lo ha mostrado la observación.

Mientras que la selección aplicada á individuos

escogidos en géneros que se tocan, no engendra más que productos híbridos, cuya fuerza de transmisión es nula ó limitada á unas cuantas generaciones, la unión del hombre y de la mujer, cualquiera que sea la diferencia de tipos, recibe de la bendición divina una virtud que atraviesa indefinidamente las familias.

“La sangre del negro y del blanco, dice el P. Monsabré, no son licores extraños que rehusan fundirse para impregnar el ser que ellos producen al calor comunicativo de la vida: como dos ríos amigos, mezclan sus ondas fértiles cuyos orígenes se reconocen en un tinte mixto, que va modificándose de alianzas en alianzas hasta que logra triunfar la sangre más pura.”

“En una palabra, dice el P. Monsabré, apoyado en las enseñanzas de Quatrefages, entre todas las parejas de la humanidad la fecundidad es continua, luego la humanidad es una sola especie, á menos que las leyes que rigen el organismo humano no estén en contradicción, sobre los puntos importantes y verdaderamente característicos, con las leyes á que obedecen todos los otros organismos vivientes.”

Por eso el célebre naturalista, á quien acabamos

de referirnos, fundado en ese principio y en las observaciones que lo comprueban, ha dicho que la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, y que han descendido ó que puede considerarse que descienden de una pareja primitiva única, por una sucesión no interrumpida de familias.

Así es que donde hay fecundidad continua hay especie: la fuerza de transmisión prueba la identidad de la especie y la conserva.

La fuerza plástica es la que establece las diferencias en los individuos sin mudar la especie; introduce modificaciones en la especie sin cambiar su esencia.

El medio en que se desarrollan los seres hace que esa fuerza se flexione y produzca las modificaciones que se afirman, que crecen y se multiplican á cada paso.

La herencia y el medio engendran esas flexiones de la fuerza plástica.

A la herencia debemos muchos bienes y también muchos males; nadie puede negar su virtud misteriosa.

No es menos perceptible la acción compleja del medio en que se vive.

‘ Si los seres insensibles, dice el P. Monsabré, su fren la influencia del medio en que se hallan, si el mármol, por ejemplo, no tiene bajo la luz sombría de nuestros climas los tonos resplandecientes que reviste bajo los hermosos cielos de Grecia y de Italia, cuánto más no la sentirán los seres vivientes en los que la inercia queda reemplazada por la fuerza de asimilación.’

‘ Tal flor palidece y se agosta bajo nuestro mudable cielo, continúa diciendo el P. Monsabré, que ante el ardiente sol de los trópicos extiende su ancha corola, y sus colores vivos; tal árbol que languidece, plantado en un suelo árido y sin jugo, saca de un suelo húmedo tronco y ramas gigantescos.’

Más que los vegetales, el animal se transforma bajo la influencia del medio, porque su vida más perfecta colabora más activamente con las causas anteriores.

El hombre es el más perfecto de los vivientes; no podremos, entonces, encontrar uniforme su tipo, cuando en su organismo más delicado, más impresionable, más flexible, la fuerza plástica presta á las fuerzas exteriores un concurso más enérgico.

Así es que la influencia del medio, tiene que hacerse sentir sobre el hombre con más energías, con más viveza, si cabe la palabra.

El hombre es un animal racional, y el alma es la forma del cuerpo.

Sus hábitos y sus pasiones, tienen su reflejo en la fisonomía.

En consecuencia, y esto la observación lo muestra cada día, las tradiciones piadosamente conservadas, una inteligencia cultivada, el amor de lo bello y de lo grande, los nobles esfuerzos de la libertad contra los apetitos de la materia, las costumbres suaves, las sabias instituciones, no pueden dar á un pueblo la misma fisonomía que la existencia sumida en el grosero olvido de las nociones fundamentales de la humanidad, la aplicación exclusiva á los ejercicios del cuerpo, la indiferencia estúpida, la satisfacción constante de los apetitos materiales, las costumbres disolutas, una opresión bárbara ó una independencia salvaje.

Esos diferentes elementos del medio en que se vive, tienen que engendrar, y engendran necesariamente, profunda y radical diferencia en la fisonomía de los pueblos sometidos á esos elementos.

No carecen de influencia también las cualidades de la atmósfera, la luz, el calor, la electricidad, la alimentación: estas causas físicas trabajan al organismo por la parte de afuera, mientras el alma lo trabaja por la parte de adentro.

Y esto tenía más importancia, se hacía sentir más su influencia en la época en que la especie humana se dividió en grupos fundamentales.

La acción del medio, la influencia del clima, era, en aquel entonces, muy superior á lo que es hoy.

“Las grandes variedades de la especie humana no son, dice Lacede, obra reciente de las causas naturales, á cuya influencia está sometido el hombre.”

“Cuando la especie humana se dividió en grupos fundamentales, cuando las razas diferentes comenzaron á existir, la acción del clima era muy superior á lo que es hoy.”

“Esas razas se produjeron en una época muy cercana á la última catástrofe que trastornó la superficie del globo.”

“Todos los elementos, cuya reunión compone lo que llamamos *la influencia del clima*, presentaban, dice el último autor citado, en esos tiem-

pos de agitación y de desorden, una potencia muy superior á la que ellas pueden manifestar hoy: la calma de un gran número de siglos ha embotado las fuerzas de la naturaleza y ha encadenado la acción de un gran número de sustancias por su mezcla y sus combinaciones.”

“En la época cercana á la destrucción de la superficie del globo, cuando las leyes conservadoras estaban en suspenso, por decirlo así, cuando cada cosa estaba, en cierto modo, fuera de su lugar, los extremos estaban muy alejados los unos de los otros, los contrastes eran más palpitantes, los cambios más rápidos.”

“Esta sucesión rápida de causas contrarias, ó al menos muy diferentes, es la que siempre ha hecho experimentar á los seres organizados los efectos más notables, las modificaciones más profundas, las alteraciones más durables.”

“El clima, pues, concluye el autor á quien nos venimos refiriendo, es el que ha podido producir, en aquellos tiempos, las razas de la especie humana.”

Y si estas variaciones se perpetúan, si estas variedades están, por decirlo así, como enraizadas, es debido, sin duda, á la obstinación de cier-

tas familias de no abandonar los medios en que viven, en la tendencia irremediable de muchas, á no salir de su sangre.

Por eso, si la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes, pero que todos descienden, por una sucesión no interrumpida, de una sola pareja primitiva, la raza tiene que ser el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que han recibido y transmiten, por vía de generación, los caracteres de una variedad primitiva.

Ya se ve como la fuerza de transmisión prueba y conserva la especie, y como la fuerza plástica prueba y conserva las razas.

La variedad de éstas, en modo alguno, destruye la unidad de la especie.

Alguien pudiera decir, que no repugna á la omnipotencia divina, haber creado en diversos lugares muchas parejas de la misma especie.

Nadie se atreverá á negar la posibilidad; pero de que así se haya realizado, es imposible producir prueba alguna.

“Tal afirmación tiene que ceder el paso, dice el P. Monsabré, á esa historia venerada durante más de cuarenta siglos por millones de hombres, con-

firmada por las tradiciones, por las ciencias naturales, por el estudio de las lenguas, por la geografía, y yo agrego, por el simple buen sentido.”

La especie humana es una sola: todos somos hermanos de una misma familia; la humanidad toda entera estaba en Adán.

De este gran principio depende el dogma de la Encarnación reparadora.

La humanidad, como se ha demostrado con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, no ha tenido más que un solo origen; ha venido exclusivamente de Adán.

Del cuerpo de este primer hombre, se formó el de la mujer, y de esta única pareja, proviene la descendencia humana.

Pero ¿en qué estado se hallaba la humanidad de Adán?

El primer hombre, al salir de las manos de Dios, estaba dotado de la inocencia, de la justicia original y de la santidad.

“Este estado de inocencia y de justicia original supone, dice el P. Monsabré, con la integridad de la naturaleza un bien sobrenatural, un